

PARA COMERTE MEJOR

NICANOR GIL GONZÁLEZ

Día Internacional del Libro
22 de abril de 2022

Plan de Fomento
de la Lectura en Extremadura

Para comerte mejor

La vida no es lo que uno vive, sino lo que recuerdas y cómo lo recuerdas para contarla.

Gabriel García Márquez.

Nací en la calle Pasión, la calle más hermosa de la Puebla Alta. Una calle de puertas abiertas, de aleros voladizos, balcones con flores de mil colores y una fuente de aguas cristalinas. Una calle llena de vida, de aromas, de luz, de música y de mil historias que esperan a ser contadas.

Cuando nací, mi madre ya era viuda. Fue una tarde de diciembre, a esa hora que puede ser de día y de noche, cuando la luz se diluye y las nubes se sonrojan sobre el Risco Villuercas. No fue una hora corta y a punto estuvo de dar su vida por darme a mí la mía. Me crio mi abuela, una mujer fuerte de corazón tierno. Viuda prematura, como su hija y su madre, vivió media vida en los márgenes de la pobreza. Poseía el don que otorgan los dioses a sus elegidos para hacer grande lo pequeño y de lo poco mucho. Maravillosa cocinera y buena narradora, como mi otra abuela y todas las mujeres que habitaban la Pasión. Con ellas aprendí de memoria el romancero. *La loba parda*, *Gerineldo*, *La cristiana cautiva*, *Zagalita*, *La zarabandilla de mi vida*, *Los sacramentos* y tantos otros romances que aún cantamos por Navidad y cuando la ocasión se presta.

Más que una calle, la Pasión era para mí un mundo fantástico, un lugar en donde me sentía protegido. Mis vecinos eran mi familia y sus casas eran mi casa. Un territorio que me pertenecía.

En donde la calle se hace plazoleta, adosado al antiguo hospital, hay un poyo cómodo al que da sombra un hermoso parral. Propicia largas tertulias en las frescas noches del estío e invita al descanso a los que suben hacia calles más altas. Marianela hacía allí su descanso cada una de las veces que regresaba desde la plaza al Altozano cargada con dos pesados cenachos de esparto. Al principio yo la observaba desde una distancia prudente, con desconfianza, escondido en los soportales o en un zaguán cercano. Yo sabía que ella sabía que yo la espiaba. Era alta, desgarbada, todo huesos, e iba tocada con un sombrero gris adornado con un ramillete de flores secas. Sus coloridos ropajes desentonaban con los de las mujeres de la calle, mi madre y mi abuela incluidas, que iban enlutadas de pies a cabeza, y llevaban recogido el pelo en un pañuelo negro. Con caramelos de las monjas me engatusó la primera vez,

con un juego de magia, la segunda, y cuando ganó mi confianza me preguntó: ¿Quieres que te cuente el cuento de Caperucita Roja? Y aunque ya lo sabía, asentí con la cabeza. Sacó un pequeño libro del sayón y buscó la página. Marianela tenía la voz bonita y un gran talento para modularla según lo pidiese el relato. Además, se ayudaba con gestos y el atrezo necesario para atraer mi atención.

Imaginaba a Caperucita deambulando por los caminos y las calles que yo ya conocía. Escuchaba con la boca abierta, sin pestañear, cuando la dulce voz de la niña preguntó al astuto lobo disfrazado de abuelita por sus grandes dientes. Marianela tomó aire, hizo un silencio eterno, y por arte de birlibirloque tomó en la mano izquierda su dentadura postiza, haciendo grandes aspavientos, y gritó con voz grave: ¡para comerte mejor! ¡para comerte mejor! El niño que yo era corrió como alma que lleva el diablo buscando la protección de alguno de mis vecinos. A mis ojos, ellos eran gigantes inmortales, con la mirada limpia de los hombres de campo. Montados en sus caballerías parecían héroes que regresaban después de encarar las más terribles tempestades y derrotar a mil enemigos. ¡Por Dios, Marianela, no le metas el miedo en el cuerpo al chiquillo! Voceó Alfonso mientras desmontaba y me cogía entre sus fuertes brazos.

A pesar del susto en mi primer encuentro con la literatura, todos los días esperaba impaciente la llegada de aquella mujer. Cuando recuperaba el resuello volvía a abrir el pequeño libro y comenzaba a leerme algún cuento, relato, poema o romance de su rico y variado repertorio. Siempre se despedía al modo Sherezade: *Y esto no es nada comparado con lo que contaré el próximo día, si vivo y si el rey me conserva a su lado.* Y mientras ella desaparecía por la calle del Santo, yo sentía unas ansias irresistibles de vivir en aquellos mundos lejanos y fantásticos, y de repente, la Pasión se transformaba en la Isla de Mompracem, yo me reencarnaba en el mismísimo Sandokán, desenvainaba mi terrible sable y me abría paso a mandoblazos hasta rescatar a la Perla de Labuán de las garras de los malditos ingleses.

La única vez que me dejó ver el libro de los cuentos de cerca, fue para enseñarme una lámina. Me preguntó: ¿Qué es? Un sombrero como el tuyo, respondí. No, mira bien, dijo mientras pasaba página y me mostraba la siguiente lámina. ¡Eso es trampa! Protesté. No, es un trampantojo. Dijo ella. La vida está llena de trampantojos. En los libros aprenderás que lo importante no se ve con los ojos, que las apariencias te pueden hacer ver un sombrero, cuando en realidad se trata de una enorme boa que se ha zampado a un elefante. Durante mucho tiempo, cuando veía a alguien con sombrero,

imaginaba a la terrible alimaña que cobijaba dentro, y temía que en cualquier momento se diera un festín con el cerebro del incauto que lo portaba.

Un día me atreví a preguntarle: Marianela, ¿y cómo pueden caber tantos cuentos en un libro tan chiquinino? Ella me respondió mientras lo guardaba entre sus ropas: cuando sepas leer lo entenderás.

Cuando aprendí a leer supe que Marianela no sabía leer. Que todos aquellos romances, los cuentos de Perrault o de las *Mil y una noches*, los fragmentos de *El Principito*, las peripecias de Ulises, o los poemas de Machado, los había aprendido de memoria escuchándoselos a un maestro con el que tuvo quereres en los tiempos en los que Marianela fue feliz. Poco antes de los años del miedo.

La Pasión estaba llena de niños, amigos con los que comencé a descubrir los secretos de la vida, los nombres de los pájaros, los territorios limítrofes, niños con los que jugué *al marro*, al *churromediamangamangaentera*, a la *peonza*, a los *bolindres*, con los que intercambié gusanos de seda y tebeos de *El Jabato*, de *El Capitán Trueno*, de *Mortalelo y Filemón*, *Zipi y Zape*, *Pepe Gotera y Otilio*, *Rompetechos* y *Rue 13 del Percebe*. Esos tebeos y un *Yo soy extremeño* desvencijado que rescaté de la quema fueron mis primeras lecturas placenteras.

Tuve maestros malos y buenos. De los primeros no me quiero acordar, a los otros, les estaré siempre agradecido. A modo de Georges Perec: me acuerdo de aquellas tardes de lluvia, en primero de parvulitos, con doña Petra, escuchando cuentos en un viejo tocadiscos; me acuerdo de las lecturas que nos hacía Doña Pupe de *Corazón*, de Edmundo de Amicis, en tercero; y en cuarto, de los concursos de redacción que mensualmente organizaba doña Deme. Me acuerdo que ese año gané mi primer concurso literario, cuyo premio fue *El viejo y el mar*. “Se tenaz, como el viejo, y lucha por conseguir tus sueños” decía la dedicatoria.

Entre tanto mi madre se hizo socia de Círculo de Lectores y en mi casa comenzaron a entrar los libros. Por miedo a equivocarse y comprar alguno peligroso, pidió consejo a Juan de Dios, un pariente lejano, casi vecino, al que se le habían secado los sesos, como a don Quijote, de tanto leer. *La isla del tesoro* y *Miguel Strogoff* fueron los primeros pedidos. Él me enseñó todo lo que supe de química orgánica y a jugar al ajedrez en un bonito tablero, en donde la dama blanca era de marfil y uno de los caballos negros de ébano. Él fue el único que leyó un poemario infructuoso que escribí con intención de arañar el corazón a un amor de verano. A Juan de Dios no le sentaban bien las calores

de julio y le ingresaban en Ciempozuelos. Regresaba por la Virgen, atontado, cabizbajo, con pesadez en la lengua. Según iba dejando la medicación se le iluminaba la mirada y recobraba la lucidez. La última vez que lo vi fue unos días antes de irme al internado. Juan de Dios me regaló *El camino*, y con las andanzas de el Mochuelo, el Moñigo y el Tiñoso, que eran las mismas que yo había vivido, marché por vez primera de la Pasión.

Ya en el internado, tuve la fortuna que me tocara en suerte a Simón Viola como profesor de literatura. Él me descubrió a Poe, a Herman Hesse, Dostoyevski. De tal manera que los primeros libros que compré con mis precarios ahorros fueron: *Narraciones Extraordinarias* y *El lobo estepario*.

Regresé de nuevo a mi calle cuando las hojas moribundas de castaños y robles coloreaban de nostalgia la serranía. Había pasado poco más de una estación, y yo ya era otro. Cuando pisé de nuevo las piedras de la Pasión tuve la sensación de que todo en ella era más pequeño, como si las casas y mis vecinos hubieran menguado. Por mi cumpleaños mi madre me regaló *Crimen y castigo*.

Eran tiempos en los que me recuerdo como un lector voraz e insaciable, *pasaba los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro*. Por entonces, todo estaba por descubrir. Mi capacidad de asombro estaba intacta. Hay libros que te remueven tanto por dentro, que cuando los terminas ya no eres la misma persona. Ese verano leí *Pedro Páramo*, *A sangre fría* y *Cien años de Soledad*, en ese orden, y al terminar mis vacaciones, sentí la necesidad imperiosa de escribir, de contar mis propias historias, de ser escritor.

Compartí piso de becario con un ladrón de libros, compositor de palíndromos. Un tipo inteligente, pero atormentado, con el que jugaba al ajedrez las pocas veces que coincidíamos. Tenía una cazadora vaquera con doble forro y unos pantalones con muchos y grandes bolsillos perfectamente camuflados. En la Cuesta de Moyano y El Rastro estaban sus caladeros preferidos, aunque de vez en cuando, tal vez por el chute de adrenalina, también le gustaba desafiar los sistemas de seguridad de los grandes almacenes. Cuando regresaba con el botín, rellenaba una ficha con los datos de cada uno de los libros, a la vez que los marcaba con un sello que tomé prestado de una entidad bancaria a modo de exlibris. Un día me invitó a largarme del piso. Me caes bien, me dijo, pero necesito tu habitación, tengo que ampliar la biblioteca. Me compensó con una mochila llena de libros entre

los que se encontraba *En el camino*, de Kerouac. Así conocí a la Generación Beat.

En fin, estos han sido algunos de los episodios que de una forma u otra me han conformado como el lector y como la persona que hoy soy. Leo y escribo para vivir más y mejor. Antes, buscaba respuestas en los libros. Ahora busco libros que me obliguen a plantearme preguntas, que siembren en mí las semillas de la incertidumbre, de la duda y del desasosiego.

Los libros te hacen ser inconformista, rebelde, te ayudan a tener criterio, a saber discernir, a decir no, en definitiva; te enseñan a pensar y a ser libre. Por eso los libros tienen sus enemigos en aquellos que no albergan dudas, en los que se creen en posesión de verdades absolutas, dogmáticos y fundamentalistas que niegan la diversidad de culturas, de creencias, de pensamientos. Aquellos, que a lo largo de la historia los han quemado porque comprendieron que los libros son peligrosos, fábricas de sueños en donde la frontera entre realidad y ficción es una línea sinuosa y difusa, y traspasarla un acto transgresor.

Cada vez que puedo regreso a mi calle, a la Pasión, a mi Ítaca particular, al paraíso perdido de la infancia. Busco reencontrarme con todos aquellos que ya no están y, a veces, me parece oír el eco de la voz de Marianela: *¡Para comerte mejor! ¡Para comerte mejor!* ¡Cuánto daría por volver a escuchar un cuento suyo!

El cielo en la tierra son esas pequeñas cosas, como leer un libro en un balcón de la casa que te vio nacer mientras una vecina hace la comistoria, bisbiseando una copla olvidada de la infancia. Al calor del comfortable sol de invierno.